

Jota, caballo y rey

ALFAGUARA



Daniel Samper Pizano

Jota, caballo y rey

Primera edición: septiembre de 2015

© 2013, Daniel Samper Pizano

© 2013, de la edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House S. A. S. Carrera 5A. N° 39A-09 Bogotá - Colombia

© 2015, de la presente edición:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Proyecto de Enric Satué

© Imagen de cubierta: Triguero con su preparador y su jinete en el Hipódromo
de Techo, circa 1954, revista *La Meta*. Foto cortesía de Julio Silva.

© Diseño de cubierta: Patricia Martínez Linares

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada
de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna
parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores
y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-1951-0
Depósito legal: B-19003-2015

Impreso en BookPrint Digital, S. A. Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

AL 1 9 5 1 0

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*La literatura cuenta la historia que la historia que
escriben los historiadores no puede contar.*

MARIO VARGAS LLOSA

CAPÍTULO UNO

Octubre de 1953

—¡Que no me abran la llave!

Era la tercera vez que el Teniente General Jefe Supremo Excelentísimo Señor Presidente de la República Gustavo Rojas Pinilla protestaba por el súbito descenso de la temperatura del agua que goteaba precariamente de la ducha.

Ahora asomó la cabeza enjabonada por la cortina y volvió a gritar.

—¿No ven que me estoy congelando, carajo?

Estaba desnudo en la tina y había tenido que sacarle el quite al chorrillo de agua tibia, en realidad, más fría que tibia, que caía de la regadera.

—En este país es más fácil dar un golpe de Estado que arreglar una cañería —murmuró.

Desde el otro lado de la cortina oyó la voz de doña Carola.

—¿Qué son esos berridos tan espantosos, mijo?

—Los de un hombre empeloto que se muere de frío, ¿no ves? ¿Será que no es posible que en el Palacio Presidencial le respeten a uno su baño? Llevo días pidiendo que no me abran la llave, carajo.

—Voy a ver qué es lo que pasa, pero dejá de echar ajos, Gustavo.

—No, no, que vaya el capitán Velosa. Se supone que es mi ayudante.

El Supremo oyó ecos y burbujas en la tubería, como si estuviera naufragando un transatlántico, y al cabo de unos segundos se detuvo por completo el chorro. Atisbó la regadera y vio que había dejado de lagrimear. No salía agua fría,

ni caliente, ni tibia. No salía nada. Se sorprendió: era la primera vez que ocurría en los pocos meses que llevaba en el edificio. Entonces procedió a dar un tremendo golpe militar a la tubería con la escudilla metálica del jabón y de inmediato se precipitó sobre su cabeza una andanada de líquido oscuro y caliente que, en vez de limpiarlo, lo ensució y le provocó ardor en la calva.

—¿Dónde carajos está el capitán Velosa? ¡Que venga! Pero no llegó el capitán Velosa, sino doña Carola.

—El capitán está abajo tratando de arreglar lo del agua, mijo. Debés tener en cuenta que este palacio es una construcción vieja. Antes hay agua...

—Qué palacio ni qué diablos. Estaba más cómodo en el cuartel.

—¿Y de quién es la culpa? ¿Quién se empeñó en trasladar la Presidencia aquí? ¿Quién sacó a la Cancillería del edificio y le dio dos meses al Ministerio de Obras Públicas para dejarlo a la altura de un Palacio Presidencial? Vos, mijo.

—Sí, pero porque tengo sentido de la historia. Acuérdate que desde esta misma casa, a lo mejor desde este mismo baño, gobernó Bolívar.

—También me acuerdo de que Bolívar tuvo que volarse por una ventana, que vos sabés cuál es, para que no lo mataran. No quiero recordarte que los que querían acabar con él habían sido los que más incienso le echaban y lo llamaban Libertador.

Con un gesto impaciente, el Supremo pidió a su mujer que le alcanzara la toalla y se enfundó en ella para quitar el jabón y los restos del agua con óxido. La toalla tenía bordado un letrero hilvanado con hilos tricolores: GLORIOSO 13 DE JUNIO.

—Muy glorioso —comentó—, pero no seca un comino.

—Es producto nacional —comentó doña Carola con resignación—. No pidás lo imposible.

Lo peor es que unas gotas del agua oscura se le habían filtrado por el oído y ahora Su Excelencia, agarrado a la ma-

nija de la puerta, intentaba saltar en una sola pierna con la cabeza inclinada para expulsar la incómoda invasión.

—¡Cuidado, hijo! —le dijo doña Carola brindándole el hombro como apoyo—. Estas no son gimnasias para un hombre de cincuenta y tres años.

Sin dejar de saltar, Su Excelencia le recordó que era capaz de nadar tres kilómetros río Sumapaz abajo y otros tantos a contracorriente. En ese momento oyó que golpeaban la puerta. Era el capitán Velosa. Su Excelencia apoyó las dos piernas y se arregló la toalla antes de autorizar la entrada de su ayudante.

—¿Qué vamos a hacer con el bendito problema del agua? —preguntó al capitán, ya más tranquilo—. Hoy me salió barro. Barro caliente.

—Mi General, estamos estudiando la posibilidad de un plomero —respondió el capitán, con la mano desplegada sobre el quepis, los zapatos brillantes muy juntos y la mirada hacia el infinito.

—Descanse —le dijo con fastidio Su Excelencia—. ¿Cómo así que «estamos estudiando», Velosa? ¿Ya se me puso a gobernar? Esto tiene que funcionar como la milicia, Velosa: problema visto, problema resuelto. Quiero ese plomero en cosa de minutos...

—Afirmativo, mi General: en cosa de minutos se lo traigo.

—Espere, espere, Velosa. No le estoy diciendo que me lo traiga a mí, que bastantes vainas me toca solucionar cada día, sino que lo encadene a la tubería y no lo suelte sino cuando haya arreglado el asunto del agua.

—Entendido, mi General. Será encadenado.

—Espere, espere: cuando digo que lo encadene, estoy empleando lo que se llama lenguaje figurado. ¿Sabe lo que es lenguaje figurado, Velosa? Que uno dice una cosa para significar otra. Va a tener que acostumbrarse, porque ahora estamos gobernando. Mejor dicho, estoy gobernando yo, Velosa. Usted sigue en servicio. No se preocupe, que acaba-

remos por acostumbrarnos, capitán. Esto tiene su atractivo, le advierto.

—Afirmativo, mi General. Permiso para retirarme.

El Supremo hizo una seña para que saliera, pero antes de que su ayudante de cámara hubiera transpuesto el umbral de la alcoba, volvió a llamarlo.

—Otra cosa, capitán. Cuando se dirija a mí frente a otras personas o autoridades, de ahora en adelante no me llame mi General, sino Señor Presidente. A los civiles les encantan los gestos republicanos. Deje que los demás militares me digan General. Pero usted, Señor Presidente.

—Afirmativo, Señor Presidente.

—No, Velosa: lo de Señor Presidente es cuando esté delante de autoridades. Aquí, en la casa privada del Palacio Presidencial, seguimos siendo general y subordinado. Puede retirarse, y arrégleme la vaina del agua.

Enseguida Su Excelencia examinó un papel con la agenda del día, que se encontraba desde la víspera encima del escritorio, e impartió instrucciones a doña Carola.

—A las once presenta credenciales el nuevo embajador francés. Me dijeron que es viudo, pero tú tienes que ir.

—Ave María, Gustavo: sabés que a mí esas cosas sociales no me gustan. Aunque a veces se te olvide, ni vos sos el rey ni nosotros somos la familia real. A ver, decime: si el embajador es viudo, ¿a qué señora voy a saludar? No veo por qué tengo que ir.

—El problema es de él, sumercé. Su mujer murió, pero tú estás viva. Al país le conviene verse reflejado en una familia sonriente y unida, no en un viejo enfermo y amargado con unos hijos siniestros, como era Laureano. Hay que mostrar que las cosas cambiaron.

—El país ve todos los días que las cosas cambiaron, Gustavo. Basta con leer los periódicos. No necesito disfrazarme de reina para eso.

—Además, eso de la familia es un sentimiento cristiano, Carola. A la gente le encantan los gestos cristianos.

De todos modos, le dije al jefe de protocolo que invitara con señoras, así que no me puedes dejar solo.

—Como digás —suspiró resignada la Primera Dama.

El General se quitó la bata, asperjó generosamente con talco la parte más militar de su anatomía, repitió la operación en las axilas y se puso calzoncillos y franela.

—Sácame el uniforme de gala blanco, la banda tricolor que me regalaron las damas de Tunja, todas las medallas y la espada de Mosquera —pidió a doña Carola—. Estos franceses son muy apegados a las ceremonias. Pero va a ver cómo les queda el ojo, oiga.

—Vos sabrás mejor, pero me parece que el blanco es de tierra caliente, mijo.

—La gran mayoría de este país es tierra caliente, mija. Ya verás cómo se sienten identificados conmigo en la Costa, en los Llanos, en el río Magdalena, en el Tolima, en los Santanderes, en el Valle, cuando me vean de blanco.

Mientras hurgaba en los armarios donde reposaban impecables los uniformes, botas, capas, orlas, charreteras, entorchados y penachos, doña Carola comentó:

—Gustavo, las uñas. Te dejé las tijeritas en la mesa de noche.

El Supremo se miró las uñas de los pies, sobrepasadas de tamaño y en franco peligro de convertirse en garras, y sonrió.

—Es la última vez que yo mismo hago esta pendejada —dijo, echando mano a las tijeras—. Voy a pedir una manicurista. Recuerda que estamos gobernando, mija.

—Dirás una pedicurista —corrigió doña Carola.

Más tarde calzó medias negras, leyó los periódicos por encimita y estuvo de acuerdo en voz alta con los editoriales que elogiaban «la etapa de paz y progreso que ha traído el gobierno de las Fuerzas Armadas». Luego, al tiempo que se afeitaba, pidió a su mujer que le avisara a Sagrario que quería verla a las doce. Por el espejo divisó el mohín de desagrado de doña Carola y la reprendió tragando espuma de jabón.

—No me pongas esa cara. Tú sabes que no vamos a darle a este país el espectáculo de una pelea de familia, así que mejor aprendes a soportar la vida con Sagrario. Además, es lo único realmente eficiente que hay en la Presidencia.

—Lo mismo decías hace un tiempo del capitán Velosa.

Su Excelencia había empezado a vestirse.

—Eso era en el cuartel. Lo de Velosa es otro cuento, hija. A un militar de raza, como él, le cuesta trabajo acostumbrarse a las contemplaciones y pendejadas de los civiles. Él también está tratando de aprender, pero a veces aprende mal.

—Puede que sí —suspiró doña Carola—. A todos nos pasa. Ponete la casaca. Quiero ver que no tenga una sola manchita oscura.

CAPÍTULO DOS

Noviembre de 1953

Cuando Jorge Rovira Valenzuela, el ministro del Trabajo, empezó a invitar a Sagrario a almorzar en el restaurante Temel, ella se dejó atender. Un sábado aceptó pasar con él la tarde en Bochica, su hacienda sabanera de Cajicá, que había sido propiedad del general Betulio Valenzuela, bisabuelo del Ministro. La agenda era asaz bucólica. Presentación entusiasta de los establos, la pista de entrenamiento y las caballerizas de los potrillos purasangre del Haras Bochica; casta caminata por la alameda bajo los eucaliptos; evocación de los antepasados del dueño de casa; anotaciones poco interesantes sobre las vacas Holstein y su capacidad lechera; memorias campesinas de Chipatá, Santander, a cargo de una Sagrario intensa y sentimental que comparó a su mamá con las mujeres fuertes de la Biblia. «Lo que quiero decir —aclaró— es que no era una zoncita como Carola, ¿me entiendes?», y Jorge no se atrevió a decir que sí entendía, pues, aunque Carola no era Pitágoras, le parecía una señora tiernísima.

Caía el sol cuando regresaron a la casona colonial. La chimenea estaba encendida por manos que habían desaparecido discretamente, y una botella de champaña flotaba entre la hielera. Al cabo de uno o dos brindis y dos o tres copas, él le cogió la mano inspirado por el resplandor de la chimenea y se desparramó en piropos sobre el azul celeste de sus ojos y la névea blancura de sus dedos. Pero cuando intentó recitarle aquel poema de Pablo Neruda que empieza con el asunto de *Puedo escribir los versos más tristes esta noche*, Sagrario lo paró.

—Dejémonos de pendejadas, Jorgito. Ni yo soy la Bella Durmiente del bosque, ni tú eres el doncel que la despierta con un beso. Sé muy bien que no tengo los ojos azules sino color sotana de franciscano, de franciscano pobre, para peor, y que mis dedos no pueden ser níveos sino colorados, porque me como las uñas. Además, está claro que después de una botella de champaña no está uno para versos tristes sino para cosas más emocionantes.

Conmovido, el Ministro, que superaba ya por tres o cuatro cuerpos los cincuenta años, intentó besarla.

—Caca —le dijo ella, apartándolo—. Todavía no he terminado. Pero también sé que no soy la Cenicienta ni las hermanas de la Cenicienta, y que no puedo ponerme a disputarle a la Nena el trono de la Muñeca Nacional. Al contrario, que lo desempeñe y que lo disfrute. ¿Sabes cuál es mi propósito?

Jorgito la miraba admirado con la boca abierta y el pelo revuelto. Ya no se atrevía a tocarla.

—Lo que me propongo es velar por el prestigio de este gobierno y por la imagen de papá. Las dos cosas están conectadas, ¿sí ves? Papá no será el segundo Bolívar, como dice Carola, pero tenemos que hacer de él el gobernante más importante que haya tenido este país, el héroe del siglo xx, el espejo de presidentes. ¿Te das cuenta de por qué lo digo?

—¿Por desplazar a la Nena?

—No seas güevón, hombre —comentó Sagrario echándole el humo del cigarrillo—. La Nena está dichosa en Sendas alzando niños flacos, consolando viudas llorosas y abrazando viejitos desdentados. Eso a mí ni me atrae ni me importa. Lo digo por el país, por la majestad de la República. Por esta nación que han saqueado durante siglo y medio los liberales y, perdóname, también los conservadores, y que ahora tiene una oportunidad de paz y progreso que le regala el Excelentísimo General Jefe Supremo Gustavo Rojas Pinilla. Una paz y un progreso que necesitará el mando del colombiano más popular de la historia durante, qué sé yo,

quince, veinte, treinta años, como está haciendo Franco en España. ¿Captas?

—Capto, claro que capto.

—Pues si captas, échame aquí más champaña.

El Ministro, encantado por esa mujer que compartía con él la rojiza intimidación de un crepúsculo sabanero, tardó un par de minutos en reaccionar. Regresó con las copas llenas. Sagrario estaba radiante. Prosiguió:

—Pero, por supuesto, estas cosas son buenas si a todos les sirven. Es evidente que los liberales y, perdóname, también los conservadores, han aprovechado el poder del Estado para hacer negocios y montarse una situación desahogada que les permita perpetuarse en la política. Mejor dicho, empezaron a robar con Zea y Nariño, y no han parado.

—Antes de que se te vaya la lengua, te advierto que esta hacienda fue adquirida en buena ley, no como botín de guerra, por el general Valenzuela.

—Lo sé, lo sé; además, era godísimo —añadió Sagrario—. Pero se les acabó la dicha, mi querido... ¿Y sabes por qué, Jorgito?

—¿Por el país, por la majestad de la República?

—Hombre, sí, también por eso. Pero, sobre todo, porque nos llegó la hora a nosotros. No digo la hora de robar como ellos, Dios me libre. Sino la de repartir mejor los bienes del Estado. Mientras mi mamá atendía una posada de pueblo que acabó matándola porque le exigía trabajar veinte horas diarias, ministros y gobernadores se llenaban de plata los bolsillos, Jorgito. Salvo el general Valenzuela, tu querido antepasado, naturalmente. Un escándalo. Tú lo sabes. Pues ahora le toca al pueblo, al pueblo que siempre han mandado a la mierda. ¿Y a cambio de qué? De garantizar desde el poder bienes más preciados que el vil dinero: a cambio de paz, de progreso, de justicia, de libertad... Todo eso ofrece la presencia de papá al frente del gobierno. Hablo de una presencia popular, estable y prolongada, o de lo contrario será imposible lograrlo, ¿verdad?

—Verdad —repitió el Ministro como un eco.

Sagrario se incorporó poseída de codicioso patriotismo. Acudió por otra copa de champaña, apagó el cigarrillo y al regresar había cambiado de expresión. Ahora acusaba una sonrisa pícaro y miraba fijamente al Ministro que, entre asustado e incómodo, la observaba con atención.

—No me digas que te pusiste serio —le dijo ella con voz afelpada, mientras se descalzaba sin otra ayuda que sus propios pies—. Me va a tocar quitarte esa seriedad ministerial, carajo.

Medio atontado, el doctor Rovira Valenzuela la vio desprenderse de la falda, que cayó a la alfombra, y desabotonarse el suéter ojal por ojal sin dejar de mirarlo. Sagrario era más bajita que alta, más gorda que flaca y llevaba el pelo más corto que largo. Pero la magia de la chimenea, el efecto transformador de la champaña y el claroscuro que reinaba en la sala obraron según era de esperarse. Cuando también el suéter estuvo en el suelo y se hallaba en calzones y sostén, Sagrario susurró: «¿No vas a ayudarme con esto, Jorgito?».

Entonces el ministro del Trabajo se sintió impulsado por un chorro que surgía de las más primitivas glándulas y, dando un bufido, se lanzó sobre esa mujer que al mismo tiempo lo aplastaba y lo hacía explotar.

CAPÍTULO TRES

Marzo de 1954

Han pasado años, y todavía recuerdo que me cayó gordo en el primer momento que lo vi. Llevaba lo que yo más podía odiar, que era una camiseta azul de futbolista. Una camiseta desaliñada donde alcanzaba a verse la huella casi borrada del detestable escudo con los dos aros entrelazados y la letra M. Estábamos en la pesebrera de Triguero, aspirando el olor dulzón de la boñiga de caballo.

Aunque ya en esa época sabían que papá era veterinario en el Hipódromo de Techo, mis compañeros de colegio no podían creer que yo conociera a este animal que se había convertido en ídolo nacional gracias a unas pocas carreras ganadas a caballos importados de Chile. «No solo lo conozco —mentía yo por disfrutar de sus caras desencajadas de admiración—, sino que soy muy amigo suyo. Cuando me ve, me reconoce desde lejos: mueve una pata, alza la cabeza y relincha». Luego me sometían a una serie de preguntas disparatadas a las que yo contestaba de la manera que despertara más asombro. Que si respondía al oír su nombre («Claro que sí: como un perro»)... que si sería capaz de derrotar a cualquier purasangre colombiano («Y del mundo»)... que si tenía novia («Todas las yeguas lo admiran, pero él solo piensa en correr y ganar»)... que si duerme de pie o acostado («Depende»)... que si mordía («Solo a los que les nota que son mala gente»)... «¡Es el amigo de Triguero!», comentaban luego señalándome.

Ahora yo veía al caballo masticar sus zanahorias con indiferencia y dudaba de que pudiera hacer todo lo que le atribuía al responder las preguntas de mis amigos.